

Jacinto Benavente

El príncipe que todo lo aprendió en los libros



Con este título, Benavente nos presenta a un joven príncipe inexperto con un amplio bagaje cultural que emprende un viaje que lo conducirá a la madurez. Los libros son el eje motor con el que arranca esta obra. El joven se despide de sus padres para aprender de la vida lo que los libros ya no le pueden enseñar. Acompañado de su preceptor y de Tonino, recorre un camino que nada más comenzar se bifurca y obliga a los personajes a separarse y buscar diferentes soluciones que les harán

conocer a personajes como la Vieja y los dos Leñadores, la Bella y el Ogro, el rey Chuchurumbé y sus tres hijas y los padres del Príncipe Azul, el Rey y la Reina, que no son más que un trasfondo de la cuentística tradicional.



Jacinto Benavente

**El príncipe que
todo lo aprendió
en los libros**

ePub r1.0

Hechadelluvia 04.03.14

Jacinto Benavente, 1934.

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.0



PERSONAJES

EL REY.

LA REINA.

EL PRÍNCIPE.

EL PRECEPTOR.

TONINO.

LA BELLA.

LEÑADOR 1.

LEÑADOR 2.

EL OGRO.

HIJA 1 DEL REY
CHUCHURUMBÉ.

HIJA 2 DEL REY
CHUCHURUMBÉ.

HIJA 3 DEL REY
CHUCHURUMBÉ.

EL REY CHUCHURUMBÉ.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Un palacio.

ESCENA PRIMERA

El Rey y la Reina.

EL REY:

No llores más. La felicidad de nuestro reino exige el sacrificio. El Príncipe sabe todo lo que pueden enseñar los libros y los maestros; pero es preciso que conozca el mundo.

LA REINA:

¿Crees que vale la pena de conocerlo? ¡Bueno está el mundo! ¡Exponer a sus riesgos y maldades al hijo mío; tan hermoso, tan inocente...!

EL REY:

Bueno sería, si la vida pudiera detenerse, si por ley natural no hubiéramos de faltarle cuando aún será muy joven. El cariño de los padres puede levantar murallas que defiendan a los hijos de la maldad y tristezas del mundo; puede fingirles un mundo de ilusiones, que no es el verdadero... Pero al morir nosotros, cuando deba reinar él solo sobre millones de súbditos de toda condición; cuando nadie esté a su lado para quererle con desinterés, para aconsejarle sin malicia, para advertirle sin engaños...

LAREINA:

¿Y para qué han servido entonces tantos maestros?

EL REY:

Para que nuestro hijo se canse de ellos y prefiera a sus lecciones fastidiosas leer cuentos de hadas y encantadores. ¿Te parece poco?

LAREINA:

¿Y esto te agrada? ¿No hubiera sido mejor orden primero las mentiras de los cuentos, después las verdades de la ciencia?

EL REY:

Nunca. Es mejor orden asentar primero

el terreno firme y sobre él esparcir la menuda arena en que puedan florecer los rosales, que no dejar caer sobre las flores las duras piedras del terreno firme. Edifiquemos nuestra vida como gótica catedral: bien cimentada abajo, como fortaleza; pero en lo alto, festones florecidos, claros de vidrios multicolores; aligerar la mole, toda de piedra; como si más que armada en la tierra pareciera suspendida en el cielo.

LA REINA:

Bien está. Pero no comprendo lo que el viaje de nuestro hijo pueda significar en todo eso.

EL REY:

Significa el puente que hemos de tender entre la verdad y la ilusión. Ese puente es la vida que va de una a otra y las une y las confunde de tal modo que forma de ellas toda la realidad.

ESCENA SEGUNDA

*DICHOS, EL PRÍNCIPE, EL
PRECEPTOR Y TONINO.*

LAREINA:

¡Hijo mío!

EL PRÍNCIPE:

Vengo a pedir os vuestra bendición.

LAREINA:

¡Qué crueldad, qué crueldad!

EL REY:

Vamos... Eres reina antes que madre...

Abrazad a vuestro hijo y no hagáis
flaquear su valor.

EL PRÍNCIPE:

Madre y señora mía... Voy muy contento... Me acompañan fieles servidores... Mi preceptor y mi buen Tonino.

LA REINA:

Habrás dispuesto el equipaje sin olvidar nada.

EL REY:

¿Qué llevas ahí?

EL PRECEPTOR:

Libros para el estudio.

TONINO:

Yo, buenas provisiones, que es lo que importa.

LAREINA:

¡Hijo mío! Yo sé que el Rey quiere que viajes sin aparato alguno, porque el Tesoro real no está para despilfarros; pero tu madre ha sabido ahorrar para ti estos doblones... Fueron un regalo del Rey para un manto de armiño; el que tengo está muy apolillado; pero hasta tu regreso no he de vestirme más que de jerga y bayetas.

EL REY:

Eso es, para que los sastres y modistas se hagan republicanos... Te comprarás el manto y vestirás como conviene al decoro regio.

LAREINA:

Vosotros, mis buenos servidores, cuidad a vuestro Príncipe...

EL PRECEPTOR:

Volverá hecho un sabio.

TONINO:

Os lo traeré sano y gordo.

LAREINA:

Eso, eso... Cuidado con lo que comes, sobre todo. No le dejes atracarse de mojama, castañas pilongas ni pastillas de goma... Ya sabes que el Príncipe se muere por esas golosinas... Ved que es el heredero del reino.

EL PRECEPTOR:

Vuestro reino tendrá en él un rey sabio y justo.

LA REINA:

¿Lleva mucha ropa blanca?

EL PRECEPTOR:

De todo, señora.

LA REINA:

¿Las tres docenas de pañuelos que yo le he bordado?

EL PRÍNCIPE:

Sí, madre mía... Pero yo no sé que los príncipes hayan usado nunca más que un pañuelo de finos encajes, ni que hayan

necesitado ropa blanca... Las historias de hadas no dicen nada de eso... Los príncipes van por selvas y montes, caen sobre ellos aguaceros deshechos, cruzan ríos y lagos, y su ropa no padece deterioro.

TONINO:

¿Y no alcanza a sus criados esa virtud? Porque sentiría estropear este sayo, que es el mejor de los dos que tengo.

EL REY:

Vaya, apresurad la partida, antes de que llegue la noche.

EL PRÍNCIPE:

Padre y señor... Madre mía...

LAREINA:

Escribid a diario.

EL PRECEPTOR:

¿Llegarán las cartas?

LAREINA:

Sí; el Rey ha dado órdenes muy severas para el buen servicio del correo.

EL PRECEPTOR:

Menos mal. Siempre ganan algo los pueblos con los viajes de los príncipes.

LAREINA:

Adiós, adiós... ¿No habrás olvidado el frasco de la magnesia?

EL REY:

¡Oh! Las mujeres... Nunca saben dar a una situación la solemnidad conveniente.

EL PRECEPTOR:

Señor, ¿hay nada más solemne que estos vulgares cuidados de las madres?

TODOS:

Adiós, adiós, adiós...

CUADRO SEGUNDO

Mutación.

*El campo, dos caminos: uno, de zarzas
y piedras; otro, de flores.*

ESCENA PRIMERA

EL PRÍNCIPE, TONINO Y EL PRECEPTOR.

EL PRÍNCIPE:

¿Dónde estamos? Asegurabas que antes de una hora estaríamos en poblado... Y ya lo veis... Estamos perdidos.

EL PRECEPTOR:

Pero muy perdidos. Yo consulté la carta geográfica del reino..., la última publicada por la Real Academia de Ciencias...

TONINO:

Ya os dije que no íbamos por buen camino.

EL PRECEPTOR:

Pero ¿iba yo a fiarme de ti más que de la Real Academia de Ciencias...?

TONINO:

Pues debisteis fiaros, que más de cien veces hice el camino de día y de noche.

EL PRECEPTOR:

Sin saber por dónde ibas.

TONINO:

Pero yo llegaba... Y ahora, ¿quién sabe dónde estamos?

EL PRECEPTOR:

Aquí se nos ofrecen dos caminos.

TONINO:

Decid uno; que ése no es camino, ni senda que pueda llevarnos a parte alguna. Todo él es malezas y riscos. Por este otro hemos de echar, que, según lo cuidado y pulido, ha de serlo de una gran ciudad.

EL PRÍNCIPE:

Necio eres. Buena tentación para caer en ella. Tú no sabes que en todas las historias los buenos caminos son los engañosos, los que llevan al castillo de algún ogro terrible, que no tarda en tragarse a los infelices engañados. En

cambio, estos senderos ásperos son los que conducen a los jardines y a los palacios de las buenas hadas y de los buenos reyes, donde moran las bellas princesas que esperan a los príncipes enamorados.

TONINO:

Será como decís. Pero principio quieren las cosas, y nunca vi que acabara bien lo que mal empieza; ni es posible que acabe mal lo que empieza bien. Pero en la duda, del lobo un pelo, y según la cara, los hechos... Y creedme, y echemos por esta parte. ¿No oís aquí músicas y cantar de pájaros, y de este lado nada: el viento quejumbroso y

pajarracos de mal agüero...?

EL PRÍNCIPE:

¡Ah, qué ignorante eres! Éste, éste es el buen camino. Así vi siempre representado el de la virtud... y como este otro el del vicio... ¿No lo crees así, preceptor?

EL PRECEPTOR:

Yo no creo nada desde que la Real Academia de Ciencias me ha engañado... Dejadme consultar mis libros.

TONINO:

Aquí llega una hermosa aldeana que podrá indicarnos el camino. (Sale la

Bella.)

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y LA BELLA.

LABELLA:

Buenos días, señores...

TONINO:

Hermosa joven, ¿sabréis decirnos dónde estamos y adónde conducen estos dos caminos?

LABELLA:

Éste diréis, que éste ni es camino ni conduce a parte alguna.

TONINO:

¿Qué os decía yo?

EL PRÍNCIPE:

Guarda, y no confíes.

LABELLA:

¿Sois forasteros en estas tierras? Si necesitáis descanso y refrigerio, puedo ofreceros mi casa, mejor diré, la de mi marido, que está a poca distancia. Todas esas tierras que veis desde aquí son tuyas, como todo el lugar vecino. Se tendrá por muy dichoso en recibir y agasajar a señores tan principales...

TONINO:

Somos felices...

EL PRÍNCIPE:

Tente. Que ese marido de que habla y

esos lugares y esa casa deben de ser de algún ogro terrible.

TONINO:

No me parece que la mujer tenga nada de ogra... Es muy cortés y afable.

EL PRÍNCIPE:

Como todos los ogros.

LABELLA:

Vaya, ¿queréis seguirme?

TONINO:

Vamos, andando. Que las provisiones se agotaron y yo tengo un hambre con el paseíto...

EL PRÍNCIPE:

No, yo no voy... Yo iré por este otro camino.

LABELLA:

¡Estáis loco...! Si os sorprende la noche, os asaltarán los lobos o ladrones, y sólo hallaréis una miserable cabaña en que vive una vieja loca.

EL PRÍNCIPE:

¿Qué te dije? Alguna hada buena que se presenta en figura de vieja, como todas las buenas hadas. Éste, éste es mi camino.

TONINO:

Señor... No hagáis locuras... Señor preceptor, interponed vuestra autoridad.

EL PRECEPTOR:

Dejadme, dejadme leer... No es posible que las cartas estén equivocadas... Hasta saber de fijo en dónde estamos, no me moveré de aquí.

LABELLA:

¿Pero estáis locos? Estos lugares están muy frecuentados por leñadores y cazadores furtivos, y hasta llegar a las tierras de mi marido no estáis seguros...

EL PRÍNCIPE:

¡Ah, mujer falsa! ¡Cómo adivino tus intenciones!

LABELLA:

¿Qué dice?

TONINO:

No hagáis caso... Pero, señor preceptor, ved que el Príncipe quiere aventurarse solo por esos andurriales.

EL PRECEPTOR:

Tú no debes dejarle.

TONINO:

¡Ah! ¿Y vos?

EL PRECEPTOR:

Yo desconfío de todo. Tan malo me parece este camino como el otro. Yo aquí os espero, entregado a la lectura... El que primero llegue a poblado será servido de enviarme aviso de cómo se encuentra.

TONINO:

¡Pues sí que sois para sacar de apuros!

EL PRECEPTOR:

Este camino me parece muy malo y esta mujer no me inspira confianza alguna. Sus ofrecimientos, su insistencia en llevarnos a su casa, sin conocernos...

TONINO:

¡Lucidos estamos! El uno con sus libros de ciencia y el otro con sus cuentos, y yo muerto de hambre.

LABELLA:

Vamos..., que pronto se hará de noche... y yo he de volver a mi casa... Sabed que mi marido es el más principal señor en

veinte leguas a la redonda..., el más rico, el más poderoso. ¡Aunque me veáis vestida humildemente...!

EL PRÍNCIPE:

¡Oh! ¡Allí veo a la buena vieja, el hada benéfica...! No hay que dudar... Corro a su encuentro. No me sigáis... Iré yo solo.

TONINO:

¡Nada! ¡Y se marcha! ¡Gran cachaza la vuestra!

EL PRECEPTOR:

¡La tuya!

TONINO:

¿Qué cuenta daremos a Sus Majestades

de nuestro Príncipe...?

EL PRECEPTOR:

¿Qué cuenta darás tú? Yo sólo estoy encargado de su educación.

TONINO:

¡Pues si os parece buena educación que tire por donde mejor le parezca...!

EL PRECEPTOR:

Ya volverá cuando el camino le parezca largo y trabajoso...

TONINO:

Sí; pero si antes le comen los lobos o le matan algunos bandoleros...

LABELLA:

Fue una locura dejarle partir. ¡Señor!
¡Señor!

TONINO:

Sí, echadle un galgo... Pues yo no le sigo... Llevadme a vuestra casa, que me muero de hambre y de sed.

LABELLA:

No os pesará.

TONINO:

Coma yo, y aunque vuestro marido sea un ogro y vos una ogra...

LABELLA:

¿Qué locura decís?

TONINO:

Nada, nada. El hambre, que me hace desvariar... *(Aparte)*. Si quieren comerme, me cebarán antes, para que esté más sabroso... ¿Os quedáis aquí?

EL PRECEPTOR:

Sí. Aquí espero noticias vuestras. Iré con el que haya encontrado mejor acomodo.

TONINO:

Pero ¿no tenéis hambre?

EL PRECEPTOR:

Yo no necesito más que alimento espiritual...

TONINO:

¡Buen provecho! Vamos andando.

LABELLA:

Seguidme.

EL PRECEPTOR:

No es posible que la Real Academia de Ciencias se haya equivocado.

Mutación.

CUADRO TERCERO

ESCENA PRIMERA

LA VIEJA Y EL PRÍNCIPE.

LA VIEJA:

Pasad adelante, noble caballero... Yo quisiera ofreceros más digno albergue..., pero soy tan pobre... Vivo aquí miserablemente desde hace cincuenta años.

EL PRÍNCIPE:

¿Tanto dura el encanto?

LA VIEJA:

¿Qué encanto decís? ¿Os parece que sea un encanto vivir de este modo?

EL PRÍNCIPE:

¡Bah! ¿Queréis burlaros de mí? Sabed que mi fortuna y la vuestra me trajeron aquí para desencantaros. ¿Qué es preciso para ello? ¿Acuchillar dragones y gigantes? ¿Daros un beso? Tomad.

LA VIEJA:

Gracias. Sois muy amable.

EL PRÍNCIPE:

¡Ah! ¿No era así? ¿Qué es preciso hacer entonces?

LA VIEJA:

¡Pobre joven! Está loco.

EL PRÍNCIPE:

¿Padeceís el maleficio de algún hada más poderosa que vos...? ¿De algún mago o genio del mal...?

LA VIEJA:

No; yo no padezco nada más que mis años y mi pobreza... ¿Queréis comer algo? Puedo ofreceros higos y nueces.

EL PRÍNCIPE:

¡Qué ricos!

LA VIEJA:

Tomad... Son todas mis provisiones.

EL PRÍNCIPE:

Pero ¿de veras no podéis decirme cómo seríais desencantada? No os burléis de mí. Soy el Príncipe Azul.

LA VIEJA:

¡Pobrecillo! Me da mucha lástima...
Tendréis frío, ¿verdad?... Voy a
encender lumbre... Alcanzadme aquel
haz de leña.

EL PRÍNCIPE:

¡Ah! Queréis obligarme a serviros...
¿He de someterme a esa prueba?

LA VIEJA:

No es prueba ninguna. Si sois tan
amable... Yo no tengo fuerzas...

EL PRÍNCIPE:

Podéis mandarme cuanto queráis... Yo
sé que por fin habéis de congraciaros
conmigo, y entonces os mostraréis en

vuestra verdadera figura, resplandeciente de hermosura..., y esa cabaña se trocará en palacio maravilloso, y por vuestra mano me llevaréis a la princesa de mis sueños...

LA VIEJA:

Sí, sí. Todo eso. (*Aparte*). Le llevaremos el humor. (*Llaman a la puerta*).

EL PRÍNCIPE:

¿Quién llama?

LA VIEJA:

¿Quién va?

LEÑADOR 1:

Abrid, buena mujer.

LA VIEJA:

Son leñadores... Pobre gente que anda estos montes a ganarse la vida. Entrad.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y DOS LEÑADORES.

LEÑADOR 1:

Muy buenas tardes.

LEÑADOR 2:

Salud.

EL PRÍNCIPE:

Entrad, buena gente.

LEÑADOR 1:

¿Quién es?

LA VIEJA:

Un viajero que se perdió en el camino.

Parece un loco.

LEÑADOR 1:

Parece un gran señor. ¿Traerá dinero?

LA VIEJA:

¿Eh? ¿Yo qué sé?

LEÑADOR 2:

Pues debieras saberlo... Si así fuera...

LA VIEJA:

¿Qué pensáis? Alguna fechoría.

LEÑADOR 1:

En la que tú nos ayudarás, como siempre.

LA VIEJA:

No lo penséis... Este pobre niño saldrá

vivo y salvo de mi casa...

LEÑADOR 2:

Déjate de pamplinas y danos de beber.

EL PRÍNCIPE:

¿Qué vida lleváis...? Muy mala, por las trazas.

LEÑADOR 1:

¡Figuraos! Todo el día para acarrear una mala carga de leña.

LEÑADOR 2:

Nunca debiera ser invierno para los pobres.

LEÑADOR 1:

Pues yo aún le prefiero. ¿Qué me dices

del verano?

LEÑADOR 2:

Todo el año es malo para el que vive malamente.

EL PRÍNCIPE:

¡Pobres hombres! Señora hada, debierais ser compasiva con ellos y repartirles de vuestros tesoros.

LA VIEJA:

Ya veis que así lo hago. Éste es todo mi tesoro; este vinillo añejo... ¿Queréis probarlo?

EL PRÍNCIPE:

Venga... No es malo.

LEÑADOR 1:

¡Ah! Esto da la vida.

LEÑADOR 2:

Esto alegra.

EL PRÍNCIPE:

Vaya, buena gente. Tomad...

LEÑADOR 1:

¡Oro!

LEÑADOR 2:

¡Señor!

EL PRÍNCIPE:

Y para ti también..., para que te rías de mí...

LA VIEJA:

Al contrario. Os quedo muy agradecida... ¿Cuándo vi yo tanto dinero junto?

LEÑADOR 1:

¿No visteis? El bolsillo estaba lleno de oro...

LEÑADOR 2:

Y aún ha de llevar más escondido.

LEÑADOR 1:

Volveremos cuando duerma.

LEÑADOR 2:

Eso es.

LEÑADOR 1:

Afilaremos bien el hacha.

LEÑADOR 2:

Es un niño. Bastará con las manos o una buena sogá al cuello.

LA VIEJA:

Algo traman estos condenados.

LEÑADOR 1:

Bueno. Ya bebimos y descansamos...
Hay que llegar al pueblo antes de amanecer.

LEÑADOR 2:

Buen viaje y salud...

EL PRÍNCIPE:

Salud, buena gente.

LEÑADOR 1:

Volveremos. Procura que se acueste pronto y deja encendida una luz.

LA VIEJA:

¡Miserables! ¡No, no entraréis esta noche!

LEÑADOR 2:

¡Ay de ti mañana! Lo dicho.

LEÑADOR 1:

Dormid bien. (*Salen*).

ESCENA TERCERA

EL PRÍNCIPE Y LA VIEJA.

EL PRÍNCIPE:

¡Pobres hombres! ¡Triste vida la suya...!
Tendrán familia..., hijos...

LA VIEJA:

(Aparte). ¡Qué buen corazón! No, no puedo consentir... Noble joven, salid de aquí pronto... No os detengáis un instante.

EL PRÍNCIPE:

¿Qué ocurre?

LA VIEJA:

No preguntéis... Creedme... ¡Si supierais!

EL PRÍNCIPE:

¿Qué? Nada me asusta... Sé que has de someterme a muy duras pruebas... Todo he de arrostrarlo... Yo sé que me espera la felicidad.

LA VIEJA:

¡La muerte! ¡Desventurado joven...!
¡Salid..., salid pronto! Yo os indicaré la senda por donde podéis salir de estos bosques sin ser visto de nadie.

EL PRÍNCIPE:

¡Bah! ¡Vengan gigantes y fieros dragones...!
¡Vengan monstruos y

trasgos...! ¡Levántense murallas de fuego...!

LA VIEJA:

¡Señor! No digáis locuras. Nada de eso será, ni hay que temerlo...; pero esos hombres, esos desalmados... Quieren robaros... Han visto que guardáis oro... Os matarán, como mataron a otros. Ved... Encienden la hoguera a que han de arrojar vuestro cuerpo para desfigurarlo... Después lo arrojarán a una sima, como a otros muchos... Yo fui su cómplice muchas veces... ¡Soy una infame...! El miedo..., la miseria... Pero hoy, no. Sois tan niño, tan bondadoso... Me dais compasión y

quiero salvaros; pero no tardéis...
¡Huid, huid; por vuestra madre!...,
porque sois aún muy niño para tener otro
amor en la tierra.

EL PRÍNCIPE:

No, no huyo. Aquí espero a esos
hombres, sean hombres o monstruos.
Nada me acobarda.

LA VIEJA:

¡Por mi! ¡Tened piedad de mí...! ¡Ved
que si vuelven y os defienden, también
me matarán...! También si no os
encuentran... Dirán que los he
engañado. ¡Pero qué importa! Me dais
mucha lástima.

EL PRÍNCIPE:

No, no saldré. Estoy seguro de que sólo queréis probar mi valor... Todo es preciso para conseguir a la princesa.

LA VIEJA:

¡Oh! ¡Qué locura! ¡Pobre niño! Ved que yo no soy un hada: soy una pobre vieja que se compadece de ti y quiere salvarte... Ven... Saldremos juntos, si quieres...; pero yo no podré andar... Nos darán alcance...

EL PRÍNCIPE:

Contigo, sí... Si es verdad lo que dices... No puedo dejarte en manos de esos hombres... Pero yo sé que me

engañas... Vamos... Cuando no puedas andar, yo te llevaré en brazos. Soy fuerte y nada temo...

LA VIEJA:

Sí, sí... Nos salvaremos juntos...

EL PRÍNCIPE:

Pero ¿dices verdad? ¿Tú no eres lo que pareces? ¿Eres una pobre mujer nada más...?

LA VIEJA:

No, no. Vamos, vamos pronto... Cree lo que tú quieras..., cree... Sí, soy un hada; un hada buena que ha de salvarte... ¿Qué más da si te salvo?

EL PRÍNCIPE:

¡Bien sé que has de salvarme...! ¡Bien sé que he de verte por fin, princesa mía!
(Salen).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La Casa del Ogro.

ESCENA PRIMERA

EL OGRO, Y DESPUÉS LA BELLA Y TONINO.

EL OGRO:

¡Hola! ¿Qué es esto? ¿No hay nadie aquí? ¿No se come en esta casa? ¡Pécoras mujeres!

LA BELLA:

No grites. Ya estoy aquí.

EL OGRO:

¿Qué huésped es ése?

TONINO:

Servidor humilde. (*Aparte*). Sí que no

me da buena espina esa panza enorme.
Ogro tenemos.

LABELLA:

Es un viajero que estaba perdido a la entrada del bosque del Infierno. Le acompañaban otros dos señores, locos de remate, que allí se quedaron. Éste me dijo que estaba muerto de hambre y de cansancio, y le ofrecí nuestra casa.

EL OGRRO:

¡Hum! No me gusta esa gente que anda perdida por los caminos. Por las trazas, sois uno de esos truhanes chocarreros que cantan y danzan por los lugares para sacar los cuartos a los bobalicones.

TONINO:

Soy algo más. Soy criado del Príncipe Azul.

EL OGRO:

Su bufón, diréis. Bajo estado...

LABELLA:

¿Y era el Príncipe el que os acompañaba? ¿Aquel jovencillo desventurado que echó por el bosque? ¡Pobrecillo! ¿Qué habrá sido de él?

TONINO:

Habrá encontrado el hada buena.

LABELLA:

Sí, sí. Con algunos malhechores.

¡Pobrecillo!

EL OGRO:

Bueno, bueno. Sírveme la comida, y ese bergante que vaya a la caballeriza, y allí le darás de las sobras...

LABELLA:

No seas tan ruín... Coma y beba a sus anchas; nos divertirá con canciones y chistes...

EL OGRO:

Nunca me divertieron esas cosas. Pero acomodaos donde queráis y esperad a que hayamos comido. Sirve pronto.

TONINO:

(Aparte). ¡Ay! ¡Qué suplicio! ¡Ver comer

y no probar bocado! Preferiría que al Ogro le diera por engordarme... ¿Si le habré parecido poco apetitoso...? ¡Señor! ¿No habéis reparado en mí...? Mi carne es de la mejor calidad... La pechuga es sabrosa, y mis brazos son como alones de pichón.

EL OGRRO:

¿Qué me importa? ¿Estáis loco o borracho?

TONINO:

(Aparte). Nada; no hace aprecio de mí... Le gustarán sólo los niños tiernecitos... Verdad es que teniendo a mano tan bien provista mesa... ¡Ah! ¡Qué aroma! Ese

cochinillo me pierde.

EL OGRO:

Huele bien, ¿verdad? Os dejaré algún hueso.

LABELLA:

(Aparte). ¡Pobrecillo! Le daré algo a escondidas.

TONINO:

(Aparte). Gracias, bella señora. Me dais la vida. ¡Ah! ¡Delicioso!

EL OGRO:

Bueno. ¿Es ésa toda vuestra gracia? Decidme algo chistoso.

TONINO:

¡Ah!

EL OGRO:

¿Qué os sucede?

TONINO:

Nada, nada.

EL OGRO:

¿Estáis tragando?

TONINO:

No, no... Eran ilusiones. (*Bajo, a la Bella*): Un traguito, por piedad, que me ahogo.

LABELLA:

No seáis cruel. Dejadle, por lo menos, que beba.

EL OGRO:

Eso sí... Que beba.

LABELLA:

Tomad.

TONINO:

A la salud de tan noble señor. ¡Ah...!

¡Bueno es el vinillo!

EL OGRO:

De mi cosecha.

TONINO:

Ya se ve que sois hombre rico.

EL OGRO:

Asómate a esas ventanas. Tu vista alcanzará hasta un monte lejano; pues

hasta allí, todo es mío. Detrás de ese monte hay muchas más tierras..., hasta llegar a un río; pues hasta allí, todas son mías. Detrás del río hay otras tantas tierras que llegan hasta el mar; pues hasta el mar, todo es mío.

TONINO:

¿Pero el mar no? ¡Qué lástima!

EL OGRO:

El mar no me serviría para nada. El mar es para los locos y los navegantes, gente aventurera... Yo soy un hombre práctico...

TONINO:

Ya se ve que sí.

EL OGRO:

Vivo aquí más feliz que un rey.

TONINO:

Es posible... Nunca vi comer a un rey con tan buen apetito...

EL OGRO:

Pues esto no es nada más que la merienda... Esta mañana me almorcé una ternera asada... Y para cenar... ¡Ah! Para cenar guardo mi mejor bocado.

TONINO:

(Aparte.) ¡Huy! Ahora me mira. Se le habrá antojado guardarme para la cena. Si vierais que con el cansancio del viaje estoy tan poco presentable...

LABELLA:

Ya os aviaremos.

TONINO:

(Aparte). ¡Huy! Van a ponerme en salsa... Ésta será mi cocinera...
¿Habéis terminado?

ESCENA SEGUNDA

TONINO Y EL OGRO.

EL OGRO:

Sí, hombre, sí. ¿Tienes hambre?

TONINO:

Un poquillo. Yo no he almorzado una ternera.

EL OGRO:

Siéntate y come. Yo no soy un avaro. Puedes atracarte a tu gusto... Pero no vaya a darte un torozón.

TONINO:

(Aparte). ¡Huy, cómo me cuida...!

EL OGRO:

Bebe, hombre, bebe. Alégrate... Yo no me como a nadie, como habrás creído antes.

TONINO:

No, no...

EL OGRO:

Es que cuando tengo hambre me pongo de mal humor; pero en cuanto he comido, soy el hombre más alegre. Bebe, hombre, bebe.

TONINO:

(Aparte). ¡Malo! Quiere emborracharme... Para echarme a la cacerola sin que me entere. No, no;

gracias. (*Aparte*). ¡Huy! Este vino se me sube a la cabeza de un modo... Van a guisarme sin sentirlo. Aunque sea mal preguntado: ¿van a ponerme unas patatitas?

EL OGRO:

¡Oh! ¡Patatitas! ¡Comida de pobres...! Te pondremos trufas.

TONINO:

(*Aparte*). Como a un pavo. ¿Y no teméis que se os indigeste?

EL OGRO:

Nunca he padecido indigestiones.

TONINO:

(*Aparte*). Pues como yo pueda...

EL OGRO:

(Canta): La vida es alegre,
comer y beber...

TONINO:

¡Qué hermosa voz!

EL OGRO:

¿Verdad que sí?

TONINO:

(Aparte). Le adularemos.

EL OGRO:

La vida es alegre...

TONINO:

(Aparte). Me parece que la ha cogido...
Si se emborrachara y pudiera

escaparme... ¡Vaya si tenéis buen humor! Al principio no lo parecía...

EL OGRO:

Antes de comer, siempre estoy malhumorado.

TONINO:

Bebed, bebed...

EL OGRO:

Y tú también...

TONINO:

(Aparte). ¡Ay! Que me parece que caigo yo antes...

EL OGRO:

La vida es alegre,

comer y beber...

TONINO:

¡Qué bonita canción!

La vida es alegre...

EL OGRO:

Me parece que el alegre eres tú... Así me gustas.

TONINO:

(Aparte). Le gusto con vino.

EL OGRO:

Vamos... Dime algo gracioso, bufón...

TONINO:

¡Para gracias estoy yo ahora! ¡Tengo unas ganas de llorar! ¡Ah! ¿Qué habrá

sido de mi señor? Por supuesto, lo que será de mí... ¡Pobre Príncipe!

EL OGRO:

No, llorona no.

TONINO:

(Aparte). ¡Pobre de mí! ¡Ah! ¡Qué idea...!... ¡Ay, ay...!

EL OGRO:

¿Qué te pasa?

TONINO:

¡Estoy envenenado! ¡Ah...! ¡Estoy envenenado...! ¡Este vino está envenenado...! ¡Tengo un perro rabioso dentro! ¡Ah...! Rabio, muerdo... ¡Estoy envenenado!

EL OGRO:

Estás borracho...

TONINO:

No podéis comerme... Os haría daño...

¡Ay, ay...!

EL OGRO:

La indigestión... Yo no tengo nunca indigestión... ¡Ah...!

TONINO:

Se ha dormido... ¡Me he salvado...! La ogresa parece buena mujer y me dejará escapar... ¡Cómo ronca...! ¡Por dónde puedo salir? Pero antes conviene hacer provisiones... ¡A ja ja...! Con esto ya puede hacerse el camino...

ESCENA TERCERA

DICHOS Y LA BELLA.

LABELLA:

¿Dónde vais...?

TONINO:

(Aparte). ¡Ah...! No hay escape... Se ha dormido, y, por no despertarle, me iba a terminar de comer por allí dentro...

LABELLA:

¿Dormido? Vaya... Ya tenemos la de un día sí y otro no... Luego se despierta con un humor que nos comería a todos...

TONINO:

¿Sí, eh? Pues antes de que se despierte...

LABELLA:

Veré si puedo acostarle... ¡Eh! Vamos, arriba...

EL OGRO:

¿Eh...? La vida es alegre...

LABELLA:

Vamos. Ayudadme a sostenerle...

TONINO:

No, no; gracias. No sea que vuelva en sí y me dedique la primera dentellada...

LABELLA:

¡Ay! ¡Qué hombre! ¡Qué hombre!

EL PRÍNCIPE:

(Dentro). ¡Ah de la casa! ¿No hay nadie...?

TONINO:

¿Qué oigo? ¡Mi señor! ¡El Príncipe! ¡No le ocurrió nada...!

EL PRÍNCIPE:

¡Abrid! ¡Ah de la casa!

LABELLA:

Voy, voy... Sostenedle entre tanto...
Hacedme el favor... *(Sale)*.

TONINO:

Yo debiera impedir que entrara el Príncipe... Cuando el Ogro le vea tan

joven, tan tierno... ¡Huy! ¡Y cómo pesa...! Es claro: como una ternera y un cochinito juntos, sin contar los entremeses... *(Al ver entrar al Príncipe, corre a su encuentro y deja caer al Ogro)*. ¡Señor...! ¡Señor...! ¡Cataplum! ¡Se desplomó la mole!

ESCENA CUARTA

DICHOS, EL PRÍNCIPE, LA VIEJA
Y EL PRECEPTOR.

LABELLA:

¿Pero no veis que habéis dejado caer a
mi marido?

EL PRÍNCIPE:

¡Oh, mi buen Tonino...!

TONINO:

¡Señor, señor! ¿Qué ha sido de vos?
¿Cómo librasteis de vuestra aventura?
¿Os condujo aquel mal camino a un
palacio encantado? ¿Es ésta el hada que
ha de protegeros?

EL PRÍNCIPE:

No sé, Tonino. Sé que escapamos por milagro de unos bandoleros que querían asesinarme... Sé que debo la vida a esta buena mujer... Cuando íbamos por el bosque, los bandidos nos divisaron desde lejos y corrieron en nuestra persecución... Esta pobre vieja no podía andar ligera, y tuve que tomarla en brazos... Yo corría entre los matorrales y los riscos, y aquellos desalmados siempre detrás, amenazadores... Al llegar a un rastrojo, no se les ocurrió otra cosa mejor que prenderle fuego, y como el viento soplaba en la dirección que llevábamos, pronto nos vimos

amenazados por un mar de fuego, que avanzaba en oleada terrible hacia nosotros...

LA VIEJA:

Nunca me saldrá el susto del cuerpo...

TONINO:

¿Y cómo escapasteis?

EL PRÍNCIPE:

No lo sé. Yo aseguraría que volamos...

LA VIEJA:

Volar, no..., pero mucho corrísteis, a pesar de la carga... Sois fuerte y bravo...

TONINO:

De modo que no hubo palacios, ni princesas, ni hadas... Ya decía yo... Aquel camino no podía llevar a parte buena... Y a vos, señor Preceptor, ¿cómo os ha ido?

EL PRECEPTOR:

Yo estuve confrontando mis libros en todo ese tiempo... No era posible que la carta estuviera equivocada... En efecto, el error era mío. Me pasé de una línea a otra, y, claro está, lo que en la carta es una pulgada, en el camino eran siete leguas...

TONINO:

Es que la verdad, en los libros como en

la vida, siempre está entre líneas.

EL PRECEPTOR:

Cuando el Príncipe regresaba de su accidentada excursión..., yo estaba dormido... Me despertaron... Esta vieja nos trajo a esta casa, donde aseguró que nos darían de comer.

TONINO:

Eso sí, se come muy regularmente... Pero ¡ay!, que es para cobrarse con creces... Sabed que éste es el castillo del Ogro... Yo ya estoy apalabrado para servirle de cena esta noche... Vosotros le serviréis para el desayuno de mañana.

LA VIEJA:

¿Qué disparates decís?

EL PRÍNCIPE:

¡Ah! Ésta es la prueba decisiva... Éste es el ogro que tiene en su poder a la princesa... ¿He de vencerle para desencantarla y llegar hasta ella...? Pues venga pronto, y yo solo con mi espada...

EL PRECEPTOR:

Señor... No es bien sacar la espada contra quien nos abre así las puertas de su casa... Ved que eso de los ogros es pura fábula... Hay, sí, antropófagos..., esto es, hombres que se comen a los demás hombres..., de antropos: hombre;

y fagos: comer; pero en regiones salvajes, no en países civilizados como éstos.

EL PRÍNCIPE:

¿Tú qué sabes? Mis libros dicen más verdad. ¿No es cierto, hada mía? ¿No estamos en el castillo del Ogro?

LA VIEJA:

Yo no sé de ogros.

TONINO:

Él tiene traza de haber engullido mucho en este mundo. ¡Si vierais su panza! ¡La de hombres y mujeres y niños que debe de haber tragado!

LA VIEJA:

Eso, no; pero casas y pueblos enteros, sí... Ya visteis al llegar que todo es pobreza en los alrededores, y sólo las tierras y la casa de este hombre son ricas. Él arrambló con todo..., comprando aquí, prestando allá, arruinando a éste, engañando al otro... Yo también fui una de sus víctimas... Por él me veo como me veo...

EL PRÍNCIPE:

¡Ah! ¿Es el culpable de tu encantamiento? No tardará en ser destruido. ¡Salid acá, señor Ogro, que el Príncipe Azul os espera!

EL PRECEPTOR:

Tened juicio.

TONINO:

Nos comerá a todos.

EL PRECEPTOR:

Ved que estos ogros a la moderna no son como esos de los cuentos.

EL PRÍNCIPE:

Nada oigo, nada entiendo... Aquí ha de terminar la aventura... ¡Protegedme, hada mía!

LA VIEJA:

¡Detenedle, que ese hombre le matará!

EL PRECEPTOR:

¿Qué haces que no defiendes a tu señor?

TONINO:

¿Qué hacéis vos?

EL PRECEPTOR:

A mí, todo me parece un sueño.

LA VIEJA:

¿Oís? Corramos; van a matarle...

ESCENA QUINTA

*DICHOS. SALEN EL PRÍNCIPE,
CORRIENDO SIN ESPADA, Y DETRÁS
EL OGRO CON UNA TRANCA Y LA
BELLA CON UNA ESCOBA.*

EL PRÍNCIPE:

¡Ah! ¡Me ha vencido...!

EL OGRO:

¡Bribón! ¡Tunante! ¡Amenazas a mí..., en
mi casa...!

LABELLA:

¡Querer matar a mi marido! ¡Fuera...!
¡Ladrones...!

LA VIEJA:

¡Teneos...!

EL PRECEPTOR:

Ved que es mi señor...

TONINO:

Ved que es el Príncipe...

EL OGRO:

He de matarle.

LA VIEJA:

¿No veis que está loco el pobre joven...? Tened compasión...

EL PRÍNCIPE:

Hada mía... Se rompió mi espada... Fue cosa de hechizo... Me ha molido a

palos...

TONINO:

Y a escobazos.

LABELLA:

¡Habrás visto el mocoso...!

EL OGRO:

Salgan, salgan pronto de mi casa... Y agradezcan que salen vivos.

TONINO:

¡Ah! Menos mal...

EL PRÍNCIPE:

Hada mía..., ¿qué es de tu poder? ¿Por qué no me salvas ahora como antes?

LA VIEJA:

Ya salvas la vida... ¿Qué más quieres?
No tardemos en salir de esta casa
maldita.

EL OGRO:

¿Qué dice esa vieja?

LA VIEJA:

¡Sí, sí! ¡Maldita! ¡Maldita!

EL OGRO:

¡Por vida...!

LA BELLA:

Déjalos... Salgan pronto...

EL PRÍNCIPE:

Sí, saldremos... Pero yo volveré con
todos los ejércitos del Rey mi padre, si

fuera preciso... Yo volveré para castigarte y vengar a todas tus víctimas...

LA VIEJA:

Eso no será malo.

EL OGRO:

¡Pobre criatura! Llévadle a sus padres, o acabará mal, si da en estos desatinos.

TONINO:

No le impacientéis más. Salgamos.

EL PRÍNCIPE:

¡Ay...! ¡No puedo más...! Me duelen las costillas.

EL PRECEPTOR:

¿Dónde iremos ahora?

LA VIEJA:

Venid conmigo. Yo os guiaré a lugar donde seréis más afortunados.

EL PRÍNCIPE:

Ya sabía que era difícil el camino..., pero nada me importa... ¡Estaba tan seguro de que era el camino de la felicidad...! Llévanos donde quieras.

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

El palacio del rey Chuchurumbé.

ESCENA PRIMERA

*LAS TRES HIJAS DEL REY
CHUCHURUMBÉ, CON SUS
PAJECILLOS.*

HIJA 3:

¿No os aburrís mucho, hermanas? ¿En qué estáis pensando?

HIJA 1:

Yo me divierto con mirar al cielo.

HIJA 2:

Yo, con escuchar el ruido del mar.

HIJA 3:

Yo miraba el camino, por si llegara

alguien que pudiera divertirnos... ¿Qué haríamos para pasar la velada entretenida?

HIJA 1:

Cantar.

HIJA 2:

Decir versos.

HIJA 3:

¡Qué tontería!

HIJA 1:

En estas noches de verano no se puede trabajar con luz...

HIJA 2:

Además, el Rey nuestro padre dice que

se gasta mucho mineral...

HIJA 1:

Si no, yo leería...

HIJA 2:

Yo bordaría... Pero no tenemos más luz que la de la luna.

HIJA 1:

Jugaremos al corro. Vamos, hermanas...

HIJA 3:

¡Qué tontería! Juego de niñas...

HIJA 1:

¡Pero es tan bonito...! No hay juego más bonito. Cantar todas al mismo tono y cogidas de las manos... Como si nunca

hubiéramos de soltarnos y siempre
hubiera de cantar la misma canción
infantil en nuestros corazones...

HIJA 3:

Jugaremos, si os divierte...

HIJAS 1 Y 2:

Sí, sí... ¿Qué cantaremos...?

HIJA 3:

Lo que menos sentido tenga. (*Juegan al
corro y cantan*):

Al ánimo, al ánimo,
que se ha roto la fuente...

ESCENA SEGUNDA

DICHAS Y EL REY.

EL REY:

¿Qué es esto? Nunca tendréis juicio. Así no os casaréis nunca...

HIJA 1:

Yo no quiero casarme...

HIJA 2:

Yo tampoco...

HIJA 3:

Yo sí, yo sí...

HIJA 1:

¿Para qué quieres casarte?

HIJA3:

Para lucir ricos trajes y joyas y tener carrozas de oro con caballos blancos y penachos de aves del paraíso...

HIJA1:

¡Qué tontería! ¿Y si el marido es malo?

HIJA2:

¿Y si tienes muchos hijos y no tienes tiempo para componerte?

HIJA3:

A los niños les pondré ayas. A mi marido le compraré un coche de esos que andan solos, para que se entretenga...

EL REY:

Sois unas locas, y así andáis en lenguas de todos. Ya sabéis lo que se dice de mí y de vosotras en todas partes... «Éste era un rey que tenía tres hijas y las metió en tres botijas, las vistió de colorao y las echó por un tejao...»

HIJA3:

¿Qué gracioso sería el que lo dijo? ¿Por qué no le hicisteis ahorcar?

HIJA2:

No es para matar a nadie. A mí me hace gracia...

HIJA3:

Nunca nos hemos vestido las tres lo mismo.

EL REY:

Por no estar de acuerdo en nada.

HIJA 1:

Yo prefiero ir siempre de carmesí, que es color señorial muy propio de prelados y dignatarios y de mujeres que llevan muy buen gobierno de su casa...

HIJA 2:

Yo, de verde, que es color de los campos y de los mares..., alegría y esperanza de todos... Que no debe uno pensar sólo para sí y para su casa.

HIJA 3:

Yo, de blanco, que es color de la nieve y toma el color de todas las luces y todos

los reflejos... Más blanco a la luna, dorado al sol, rojo al fuego, azul a la orilla de los lagos, plateado al borde de las fuentes...

EL REY:

Sois unas locas, y no podré casaros nunca y arruinaréis mi reino...

HIJA 3:

Mirad, mirad... Por allí viene un galán caballero.

HIJA 1:

Sí, sí...

HIJA 2:

Será el Príncipe Azul, que ahora viaja por el mundo para instruirse...

HIJA 1:

Para casarse.

HIJA 3:

Para divertirse.

EL REY:

Si fuera él, bien venido sea..., que el Rey su padre es mi amigo y aliado, y mucho me convendría casarle con una de mis hijas... Tened juicio y no hagáis cosa que pueda asustarle..., o, por los catorce picos de mi corona, que acabaré por hacer con vosotras lo que dice el vulgo: os meteré en tres botijas...

ESCENA TERCERA

DICHOS Y EL PRÍNCIPE.

EL PRÍNCIPE:

Salud, gran rey. Salud, bellas princesas.
¿No es éste el palacio de Chuchurumbé?

HIJA 3:

(Aparte). Que cuanto más se mira,
menos se ve. Parece tonto.

EL REY:

(Aparte). Ten prudencia y crianza... Yo
soy el rey Chuchurumbé, noventa y
nueve duplicado de este nombre, que no
quise prolongar la serie en tan mal

número. Éste es mi palacio y éstas son mis tres hijas. Y vos, amable joven, ¿quién sois?

EL PRÍNCIPE:

¿Conocéis este anillo?

EL REY:

¿Sois el Príncipe Azul? Hijo de mi mejor amigo... ¡Ah! No sabéis cuánto me alegro de veros y cuánto quiero a vuestro padre... Veinticinco años llevamos de estrecha amistad, y en ese tiempo sólo hemos tenido tres guerras, que yo he perdido siempre. Podéis figuraros si tendré interés en evitar la cuarta... ¿Qué os parecen mis tres hijas?

EL PRÍNCIPE:

A cuál más bella.

EL REY:

¡Oh! La belleza es lo de menos... La educación, la educación... Son muy mujeres de su palacio. Ellas cosen, ellas guisan... Harán feliz a un hombre; mejor dicho, a tres hombres..., porque las leyes no permiten que uno solo se case con las tres; y creed que yo celebraría que por vos pudieran alterarse las leyes.

HIJA3:

(Aparte). Dices muchos disparates, papá...

EL REY:

(Aparte). Calle la mocosa... Acabaréis por asustarle... Dejadme a mí, ya que, por desgracia, no tenéis madre y tengo yo que hacer estos papeles...

EL PRÍNCIPE:

Ya sé que sólo a una puedo elegir..., y será a la que yo amaba sin conocerla... Yo sé por mis libros que, de las hijas de los reyes, siempre la menor es la más bella y virtuosa...

EL REY:

(Aparte). Guardad compostura. Sí, eso dicen los libros y los cuentos... Y...

(Aparte). Le endosaremos la menor, que es la peor criada... Y así es... Ésta es

su mano. Os lleváis la mejor perla de mi corona.

HIJA 2:

(Aparte). No es feílo... y será un rey poderoso...

EL REY:

Reuniré a mis ministros para firmar los esponsales... Mañana empezarán los regocijos con un gran besamanos...

EL PRÍNCIPE:

¿A eso le llamáis regocijo...? No hay nada más aburrido...

EL REY:

Para nosotros. Pero a los cortesanos les divierte mucho.

ESCENA CUARTA

DICHOS, LA VIEJA, TONINO Y EL PRECEPTOR.

EL REY:

¿Qué gente es ésa?

EL PRÍNCIPE:

Es mi comitiva, señor.

EL REY:

Extraño acompañamiento de un príncipe.

TONINO:

Os escapasteis de la posada. Locos anduvimos hasta dar con vos.

EL PRÍNCIPE:

Vi el palacio de mi princesa, y emprendí solo el camino... Ya sabía yo que mi hada no tardaría en buscarme. He aquí el hada, princesa, que me trajo hasta aquí. Saluda a mi esposa, a mi princesa...

LA VIEJA:

¡Cómo! ¿Estáis casado?

TONINO:

No vi hacer matrimonio tan de prisa...

EL PRÍNCIPE:

Así leí que fueron siempre los casamientos de los príncipes.

LA VIEJA:

¡Pobre joven! ¿Y conocíais a vuestra novia?

EL PRÍNCIPE:

De toda mi vida. Es la hija menor de un rey: la que es siempre bella y virtuosa... Tú lo sabes bien, hada mía... Ya ves que todos los trabajos concluyeron. ¿A qué esperas para mostrarte en tu verdadera forma?

LA VIEJA:

¡Ay, ay! ¿A qué espero? A que tengas juicio. ¿Tú no sabes lo que se dice de estas hijas del Rey...? Tú no eres de estas tierras, y no las conoces... La menor es una tarasca.

EL PRÍNCIPE:

¿Aún quieres exponerme a otras

pruebas?

LA VIEJA:

Hasta mis soledades llegó la fama de su falta de juicio y crianza. ¿Crees en mí?

EL PRÍNCIPE:

Siempre.

LA VIEJA:

Pues deja a mi cargo este asunto. ¡Ah, señoras princesas...! Al entrar aquí oímos lamentarse a vuestros criados... Tres lindos animales que eran vuestro recreo se habían escapado de sus jaulas...

HIJA 1:

¡Mi tití!

HIJA 2:

¡Mi cotorra!

HIJA 3:

¡Mi rata blanca!

LA VIEJA:

Los criados lloraban, porque temen ser castigados muy duramente...

HIJA 3:

Los haré matar. ¿Verdad, padre mío?

HIJA 1:

Bastará con despedirlos. ¿No es eso?

HIJA 2:

No. ¡Pobre gente...! Un animal no vale la pena de causar un dolor a nadie...

LA VIEJA:

¿Qué decís ahora?

EL PRÍNCIPE:

Mi princesa no tiene buen corazón...

LA VIEJA:

Esperad. Al entrar dejé caer unas monedas..., todo mi caudal... ¿Qué haré para recobrarlo?

HIJA 3:

Id a buscarlas.

HIJA 1:

Yo mandaré que las busquen los jardineros.

HIJA 2:

¿Dónde cayeron? Venid conmigo, y yo las buscaré.

LA VIEJA:

¿Qué os parece?

EL PRÍNCIPE:

No es mi princesa la que tiene mejor corazón.

LA VIEJA:

Esperad. El Príncipe trae tres regalos para las princesas. Una joya, un libro y una flor. Él no sabe cuál ofrecer a cada una... Elegid vosotras.

HIJA 3:

Yo, la joya.

HIJA 1:

Yo, el libro.

HIJA 2:

Yo, la flor.

LA VIEJA:

La que eligió la joya piensa en parecer bien a todos. La que eligió el libro piensa en parecerse bien a sí misma. La que eligió la flor, en que sus hermanas parezcan bien, porque piensa en los demás y no en sí misma... ¿Qué dices ahora?

EL PRÍNCIPE:

Que ésta es mi princesa, y tú el hada buena que me enseñó a vivir.

LA VIEJA:

Por vieja, y no por hada.

HIJA 3:

¿Consentiréis que así me desprecie?
Debéis declarar la guerra al Rey su
padre.

EL REY:

No. La cuarta paliza, no. Yo me alegro
de que tu hermana sea la preferida. Os
lleváis la mejor perla de mi corona.

HIJA 3:

Le sacaré los ojos.

EL REY:

Calla, basilisco. Yo no quería deciros
nada; pero los cuentos... son cuentos...

EL PRECEPTOR:

Embustes, mentiras... No hay más verdad que la ciencia.

TONINO:

No hay más verdad que echarse a lo que salga.

EL PRECEPTOR:

Vuestros padres llegan.

EL PRÍNCIPE:

¡Qué alegría!

EL REY:

¡Oh! Mi excelente amigo...

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, EL REY Y LA REINA.

LA REINA:

¡Hijo mío!

EL REY:

Chuchurumbé, esos brazos...

CHUCHURUMBÉ:

Estáis muy bien conservado.

EL PRÍNCIPE:

¿Cómo fue el venir en mi busca?

EL REY:

Supimos que andabas haciendo desatinos, y con lo puesto emprendimos

el viaje. (*Al Preceptor*): ¿Era así como cuidabais al Príncipe?

EL PRECEPTOR:

Señor... El Príncipe es un carácter vehemente, imposible de gobernar.

EL PRÍNCIPE:

No hagáis caso... Ya veis que nada malo me ha sucedido.

LAREINA:

Tomaste los cuentos al pie de la letra, y creíste ver hadas, ogros y princesas de cuentos... Has estado a punto de perecer..., has podido casarte con una mujer insoportable...

HIJA 3:

Diga usted, señora, ¿qué es eso de insoportable? El insoportable, el malcriado y el títere es su niño. ¡Monicaco! (*Le saca la lengua*).

LAREINA:

¿Qué princesa es ésta?

EL REY:

¿Estás ya desengañado? ¿Aprendiste que la vida no es un cuento de hadas?

EL PRÍNCIPE:

No; al contrario. Vi realizados todos mis sueños, porque creía en ellos. Encontré almas buenas como las hadas buenas; encontré hombres feroces como los ogros; encontré una princesa como las

princesas de los cuentos. Para esta buena vieja, que me salvó con su compasión y me desengañó con su experiencia, os pido ricos galardones, porque fue mi hada buena. Para el hombre feroz, como los ogros que arruinan a los pobres y llevan la miseria a todas partes con su egoísmo, os pido justicia... Para la princesa, que si no es la menor de las hijas de un rey, como en los cuentos, es la que mereció mi cariño, os pido amor de padre... Ya veis que mi viaje no fue tan desgraciado, ni puedo desengañarme de mis ilusiones... Aprendí que todos llevamos un hada protectora a nuestro lado; que si la

oímos siempre, podemos hacer felices a cuantos nos rodean y serlo también nosotros...; aprendí que es preciso soñar cosas bellas para realizar cosas buenas... ¡Gloria a mis cuentos de hadas! ¡No maldeciré nunca de ellos! ¡Felices los que saben hacer de la vida un bello cuento...!

TONINO:

Queridos niños: un aplauso de vuestras manecitas es la mayor gloria de un poeta, porque sois el porvenir... Sea el de vuestra vida como un cuento de hadas en que triunfa el bien siempre de todos los males..., y todos son felices como el Príncipe Añil de este cuento, queridos

niños.



JACINTO BENAVENTE Y
MARTÍNEZ. Madrid, 1866 – Galapagar
1954. dramaturgo, director, guionista y
productor de cine español, Premio
Nobel de Literatura 1922.

Inicio sus estudios de Derecho en la
Universidad Central de Madrid, estudios

que no terminó, ya que la herencia de su padre le permitió el suficiente desahogo económico para poder viajar y dedicarse exclusivamente a la literatura. En 1892 publica su primera obra, *Teatro fantástico*, a la que sigue un libro de poemas, *Versos*, otro de cuentos, *Villanos* y uno de crítica, *Cartas de mujeres*. Su primer estreno data de 1894: *El nido ajeno*. Esta obra permitía vislumbrar una profunda renovación del teatro castellano, pero fue un fiasco de público y crítica. Durante su vida escribirá más de ciento setenta piezas. En 1899 fundó en Madrid el Teatro Artístico, entre sus propósitos, la

escenificación de obras minoritarias. A los treinta y dos años, tras pelearse con Valle-Inclán forma su propia tertulia en la Cervecería Inglesa de la Carrera de San Jerónimo.

El éxito le llega con *La noche del sábado* (1903), *Rosas de otoño* (1905) y *Los intereses creados* (1907), considerada ésta última su obra maestra. En ellas puede comprobarse cómo el autor amortigua de forma significativa el tono de su crítica, centrada en las clases aristocráticas y acomodadas de la sociedad, para sustituirla por una reprobación simpática, amable, casi paternal, que no por casualidad obtuvo

los favores del público. El punto de vista que adopta Benavente en esta franja de su producción es el de un escéptico que desconfía profundamente de la naturaleza humana y de la sociedad en la que aquélla se manifiesta con frívola hipocresía cuando no simple crueldad. En 1912 ingresa en la Real Academia Española. En 1922 durante un viaje a Estados Unidos se entera de la concesión del *Premio Nobel de Literatura*.

El valor de su extenso trabajo radica en la introducción de referentes europeos y modernos en el teatro español, supo incorporar con acierto

influencias que resaltaron notablemente muchas de las cualidades de su teatro, tales como la variedad y perfección de los recursos que introdujo en la escena, una gracia inteligente que recorre la sátira social que despliega, y unos diálogos vivos, chispeantes, muy dinámicos.

Otra vertiente cultivada por el autor fue la del drama rural, en obras que, como *Señora Ama* (1908) o *La malquerida* (1913), contrastan frontalmente con el grueso de su producción. Son dramas de grandes pasiones que se desarrollan en un medio aldeano asfixiante y brutal, primario, y

en los que palpita un clima de carácter naturalista.

Es uno de los pocos autores de su época que se preocupó por el teatro para niños.